

# EL SIGLO ILUSTRADO



AIX.

## PRECIOS EN LA ADMINISTRACION.

**4**

En Madrid. — Un mes 2 rs. — Tres, 6. — Seis, 12. — Un año, 24.  
 En las Librerías. — Un mes, 2 1/2 rs. — Tres, 7. — Seis, 14. —  
 Un año, 28.  
 En Ultramar y Extranjero. — Bien se haga la suscripción en la  
 Admon. o Librería; Tres meses, 24 rs. — Seis, 44. — Un año, 80.  
 cuartos número suelto.

NÚMERO 9.º

Madrid 14 Julio 1867.

## PRECIOS EN PROVINCIAS.

En la Administración. — Un mes, 2 1/2 rs. — Tres, 7. — Seis, 14.  
 — Un año, 28.  
 En las Librerías. — Un mes, 3 rs. — Tres, 9. — Seis, 18. —  
 Un año, 30.  
 Se suscribe en la Admon., calle de San Pedro, núm. 46,  
 y en las principales librerías del reino y extranjeras.  
 Número suelto,

**5**  
cuartos.

## ADVERTENCIAS.

Suplicamos á nuestros suscritores de provin-  
 cias, cuyo abono termina en 15 de Julio, lo re-  
 nueven cuanto antes, sino quieren sufrir retraso  
 en el recibo del periódico. A los corresponsales  
 y librerías de provincias les advertimos se fijen  
 en la variación de precios, que van estampados  
 á la cabeza del número.

Se advierte á las personas que tenían hechos  
 pedidos de los magníficos grabados que ya han  
 llegado á esta Administración que pueden  
 pasar á recogerlos, previo abono de 20 rs.

## AIX.

Aix, es una ciudad de 28,152 habitantes, pri-  
 mera del departamento des Bouches-des-Rhône  
 (Bocas del Ródano), asiento de Tribunal imperial,  
 de Academia y cabeza de partido del vigésimo  
 sexto distrito forestal. Ya existía en tiempo de los  
 lacios, que fueron vencidos 124 años antes de  
 Jesucristo, por Sextius Calvinus. Entonces se la  
 llamó Aquæ Sextiæ (las aguas de Sextio). Pli-  
 nio la llamaba *Colonia Julia Augusta*.

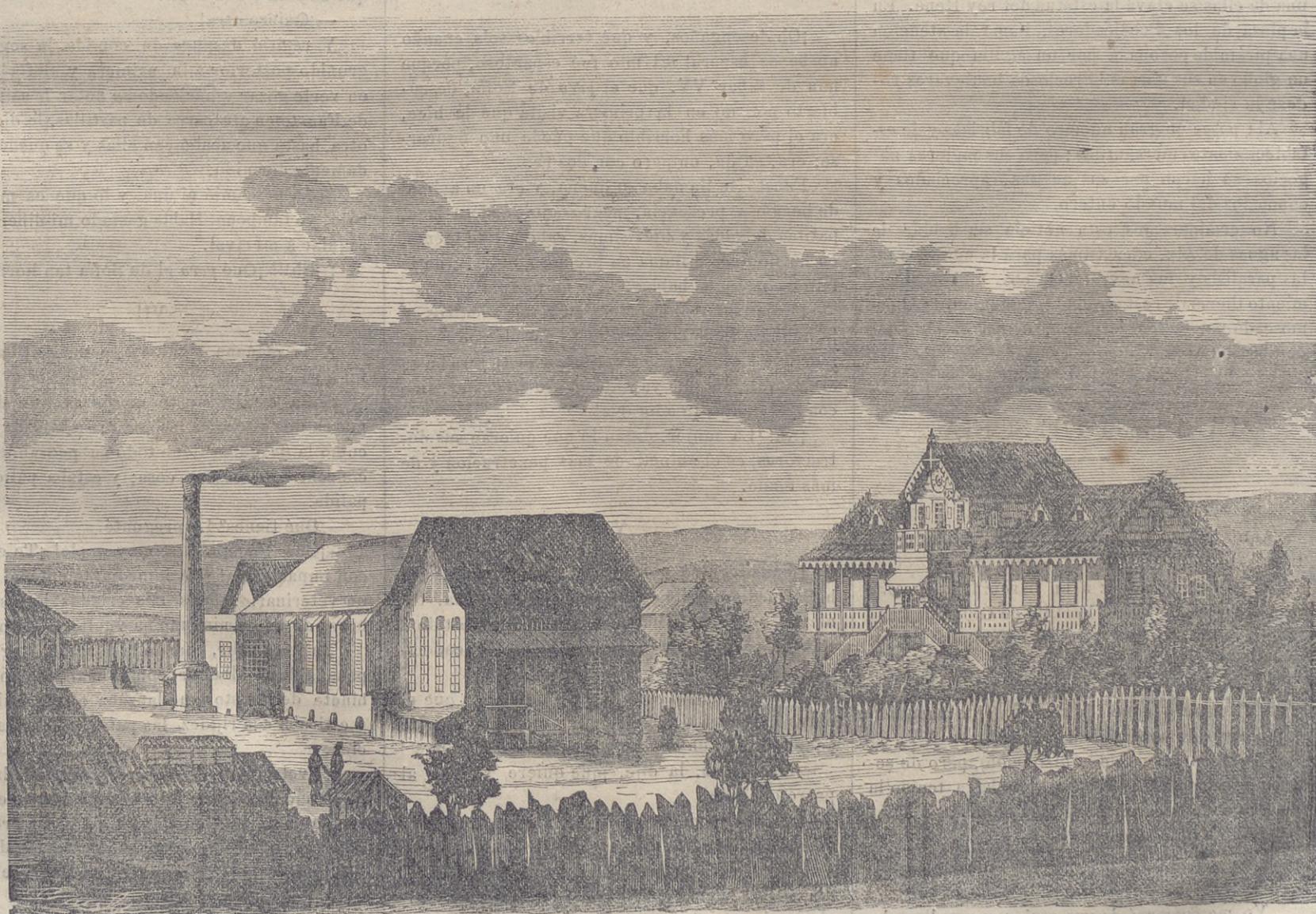
Aix es la colonia más antigua de los romanos.  
 En tiempo de los galos, Mario descansó en ella

después de haber derrotado á los cimbrios y á los  
 teutones; Cesarencio fundó allí una colonia.

«Aix, dice Joanne, llegó á ser la metrópoli de  
 la segunda Narbona, y la silla del Pretor roma-  
 no que gobernaba la provincia. En aquel tiempo  
 poseía un templo dedicado á Augusto; un palacio  
 de las Thermas, un anfiteatro y un campamento  
 sobre el sitio ocupado hoy por el palacio de Jus-  
 ticia, cerca de la plaza de los Predicadores.

Estrabon pondera la fecundidad de sus muje-  
 res; Plinio, el naturalista, su bellissimo cielo, que  
 le comparaba al de Italia, y Sidonio Apolinario,  
 la celebraba en sus versos.

Los siglos VI y VIII, vieron á los bárbaros



FÁBRICA DE LABOREO MECÁNICO DE MADERAS.—J. M. POLLEDO Y COMPANÍA.

arrojarse sobre Aix y saquearla. En 1535, fué tomada por Carlos V, el cual allí se hizo coronar rey de Arlés. Bajo el rey René llegó á ser capital de la Provenza. Reunida á la Francia en 1481, fué el lugar del Parlamento, y ha conservado hasta nuestros días, una gran parte de su antiguo prestigio.

Los principales monumentos de Aix, son: la catedral, San Salvador, edificada sobre el sitio donde se encontraba un antiguo templo de Apolo, y cuyo campanario octógono, de sesenta metros de alto, se distingue desde muy lejos; la iglesia de San Juan de Malta, construida por Berenguer IV, y que encierra las tumbas de los condes de Provenza; la iglesia de la Magdalena, restaurada; la torre del reloj, cuya masa cuadrada domina toda la ciudad; el palacio de Justicia, edificado en el siglo XVIII, en el mismo sitio donde antes se elevaba el palacio de los condes de Provenza; el arzobispado, la Escuela Imperial de artes y oficios, creacion de Vauban, etc.

Estos diversos monumentos encierran muchas obras de riqueza artística. Allí sucesivamente se encuentran cuadros de Jouvenot, de Mignard, de Vien, de Vanloo; esculturas de Puget, de Veyvier, de Toro; una estatua á la Virgen, de Chastel; una estatua del Duque de Villar, por Coustou; una estatua del rey René, por David (d'Angers), y las estatuas de mármol blanco de Siméon y de Portalis, por Ramus. En el Museo se encuentra en medio de antigüedades locales muy curiosas, *Una noche del 20 de Marzo*, por Gros, y una Santa Catalina, por Calabresse.

La Biblioteca de Aix encierra más de 100,000 volúmenes y de 1,200 manuscritos, entre los cuales figura el libro de las *Horas del rey René*, iluminada por él mismo.

Lo que más llama la atención del viajero que llega á Aix, es encontrar desde los primeros pasos, magníficos paseos, con muchas filas de árboles y adornados de bellísimas fuentes. Sobre una de ellas se eleva la estatua del rey René. En la plaza de los Predicadores, llama la atención una pirámide coronada por un águila que tiene un globo en sus garras. Preciosos boulevares rodean la ciudad.

Aix posee un gran número de fábricas y de establecimientos mercantiles; pero sus mejores negocios se hacen por sus aceites, apreciados y conocidos del mundo entero.

No terminaremos esta noticia sin hablar de las aguas de Aix, eficacísimas para la curación de las parálisis y las nevralgias, etc. El establecimiento thermal, restaurado recientemente y hermosado por bellos jardines, ocupa el sitio del de Sextio Calvino.

## EL PERO DE SOFIA.

### I.

Aquí tienen VV. al más infeliz de los mortales.

Yo oí decir una vez á un barquillero que era más desgraciado que el Portillo de Gilimon. Pues bien, admitida la desgracia del citado portillo, yo soy mucho más desgraciado que él.

Me explicaré.

VV. habrán conocido seguramente á alguien enamorado de una animal (y perdonen VV. la cacofonía en gracia de la distinción), pero de seguro no conocerán VV. á uno que haya tenido la necesidad de hacer el amor á un animal.

Van VV. á conocerle.

### II.

Yo me enamoré de una mujer que se llamaba Sofia, y que era viuda.

La conocí en la Fuente Castellana y—¡fuera modestia!—la gusté tanto como ella á mí.

¡Qué mujer! ¡Qué conversacion! ¡Qué amabilidad! ¡Qué todo! Aunque todo no podia yo apreciarlo aún.

Me entusiasmó y la declaré mi amor; es decir, entramos en eso que comunmente llaman relaciones amorosas, y que yo llamo camino de la Vicaría.

Tres días despues de haberla conocido obtuve el permiso de visitarla, que hasta entonces no habia querido concederme, á pesar de su viudez, que como ella decia perfectamente y yo la repetía sin cesar para que no se le olvidase, le daba la libertad más amplia para el trato con el sexo feo.

En aquellos tres días habia yo procurado estudiar su carácter, y casi estaba convencido de que Sofia era una mujer perfecta, ó mejor dicho, la perfeccion de la mujer, porque á una *mujer perfecta* le sobran y faltan muchas cosas que á ella nó.

Y para pensar así, calcule el piadoso lector, si estaría yo enamorado hasta las uñas!

### III.

Cuando pensaba en las perfecciones de aquella viuda modelo, la noche antes del día en que debia pisar su casa por vez primera, se me vinieron á las mientes estos dos versos de un autor que hablaba de la mujer:

«Eva tuvo su manzana,  
Las demás tiene su *pero*.»

¡Cuál era el *pero* de Sofia? Ninguno á mi juicio, ó estaba tan oculto que sólo Dios y ella lo veían.

Sea como fuere, es lo cierto, que aquella noche apenas pude dormir, y cuando el sueño me rindió ya á la madrugada, me entregué á él pensando sin cesar en el *pero* de Sofia.

### IV.

¡Oh desengaños, y qué terribles sois cuando no se os espera! El mio fué espantoso, porque han de saber VV. que el *pero* de Sofia, descubierto por mí en la primera visita que le hice, era el *pero* más horrible que puede uno figurarse; era, en fin, un *pero* con dos rr.

Fausto le llamaba su dueña, y era un animal de hermosa presencia, negros ojos, sedosa lana, patitas delgadas y lizerísimas, cabeza inteligente, en fin, lo que se llama un precioso animal; no le faltaba más que hablar..... y no morder.

¡Mujer infame! Decia yo para mis adentros, y lo hubiera dicho con más gusto para los de Sofia, ¡por qué has esperado á descubrirme tu *pero* hasta el instante en que ya, no con ese de dos rr, sino con trescientos te adoraría!

¡Ah! La mujer, digan lo que quieran sus detractores, es el animal de más penetracion y de más fondo.

### V.

Cuando entré por primera vez en su casa la hallé medio tendida en una muelle butaca, teniendo sobre la falda de su elegante vestido á Fausto, para mí hasta aquel momento desconocido rival.

Parecía complacerse la muy infame en que el perro la besaría delante de mí, y en hablar sólo de aquel animal, en mal hora nacido.

—Me parece, la dije, ¡que quiere V. más al perro que á mí!

—¿Quién lo duda? Esclamó, hágase V. querer como él y mi cariño será igual para ambos.

¡Igual para ambos! Escuso decir que aquel día salí de la casa desesperado, loco, con intenciones de no volver.

Peró en vano: al siguiente volví, y al otro, y

al otro, y mi sangre se requemaba poco á poco con los celos que habia llegado á inspirarme Fausto, y una idea nació en mi cerebro, que parecia una grillera.

¡La adivinan VV.? Indudablemente.

Fué la de todo celoso: deshacerme de mi rival, matarle.

Peró una frase de Sofia vino á calmar un tanto la exacerbacion de mi espíritu.

Un día la pregunté:

—¿Me quieres? (ya nos tuteábamos). Y me contestó:

—¡Mucho!

—¿Tanto como á Fausto?

—¡Casi tanto!

¡Oh felicidad, no comparable á ninguna! Ser amado por ella! ¡Casi tan amado como su perro! Aseguro á VV. que aquel día engordé todo lo que habia adelgazado desde que la conocí en la Fuente Castellana.

### VI.

Peró sabido es que la felicidad no puede ser duradera y la mia fué un relámpago que vino á iluminar un momento mi porvenir para dejarme sumido luego en más densas tinieblas.

La noche de aquel día feliz entré en la Mahonesa y compré pastillas de café. Por la mañana habia oido á Sofia que la gustaban y quise complacerla á todo trance.

Llegué á su casa y la entregué el cucurucho. ¿Y saben VV. lo que hizo? Nó, ni podrán ustedes figurárselo siquiera.

Desenvolvió el papel, cogió una pastilla y se la dió á Fausto.

Hasta aquí no habia nada sorprendente. Era muy natural que antes que á mí obsequiase á su perro: ¡le queria más!

Peró Fausto saboreó la pastilla con deleite, se relamió el hocico é hizo despues oír un gruñido que su ama tradujo así:

—¡Quiere otra!

Y repitió despues de comida la segunda, el gruñido posterior á la primera y Sofia gozando en verle gozar y haciéndome notar la satisfaccion de Fausto en atracarse de pastillas, le dió otra y otra, hasta que acabó con ellas y se quedó profundamente dormido.

Sofia no comió ni una, y lo que es más doloroso, yo tampoco. Habia gastado mi dinero en obsequiar á mi rival.

¡¡¡Oh!!! ¡Qué *pero* el de Sofia tan horrible.

### VII.

A la mañana siguiente, como de costumbre, fui á su casa.

Sofia estaba con esas ojeras que deja por marca una noche de insomnio; su mirada era fija como la de quien tiene todo su pensamiento reconcentrado en una cosa; y estaba pálida, muy pálida.

—¿Qué tienes? La pregunté.

—¡Que Fausto está muy malo! ¡Te esperaba con impaciencia! Vé inmediatamente á avisar á un veterinario: todos mis criados han salido en busca de uno y ninguno ha vuelto todavía.

Ya iba á salir, cuando la doncella llegó acompañada de un albeitar, con el cual pasamos al gabinete de Fausto, que lanzaba alaridos sin cesar y estiraba con rigidez las patas y fruncia el hocico.

El veterinario le observó con toda la calma de un médico que se interesa vivamente en la curacion de un enfermo que ha de proporcionarle fama, y despues de saber lo del atracon de pastillas, que Sofia le relató entre gemidos, se dispuso á recetar.

—¿Peró dígame V. por Dios, será cosa de cuidado? Le preguntó mi amada.

—Hasta ahora el estado del enfermo, dijo el dignísimo y respetable descendiente de Esculapio, inspira serios temores, pero procuraremos combatir el cólico lo más eficazmente posible.

—¡Ah! Sí, sí, exclamó Sofia, sálvele V. y mi agradecimiento será eterno.

—Señora, llegaré hasta el límite de la ciencia, de allí no me es posible pasar.

Dicho esto, se despidió hasta la tarde el sesudo veterinario, y Sofia me hizo señas de que le acompañase hasta la puerta mientras ella quedaba al cuidado del enfermo.

## VIII.

Escusado será decir que la enfermedad de Fausto era para mí uno de esos acontecimientos tristes que producen alegría, porque hacen nacer una esperanza.

Al salir acompañando al *albeitar* se me ocurrió una idea que me inspiraron los celos, levantándose un momento desde mi corazón lacerado por ellos tanto tiempo antes.

—Escuche V., dije en voz baja al despedir al *albeitar*; ¡morirá el perro!

—Es lo probable, dijo, su enfermedad es gravísima, la....

—¡Oh! exclamé interrumpiéndole, si ese perro muere, le prometo á V. darle cuanto me pida.

—¡Cómo! ¡caballero! ¿Qué dice V.? gritó el veterinario con estentórea voz, eso es proponerme una infamia, á un apóstol de la ciencia médica no se habla de esa manera....

—¡Silencio, por Dios! dije temiendo que Sofia se enterase.

—No, señor, continuó el veterinario, no he de callar hasta que V. se convenza de que yo no soy uno de esos hombres que se venden y que son capaces de dejar morir á un individuo de su especie....

—¡Ah, perro! dije para mis adentros; ya se te conoce que eres de la especie de Fausto.

—Bueno, bueno, repliqué, V. dispense, cúrelo V., haga cuanto le plazca, pero no grite.

Y conseguí por fin aplacarle y se marchó.

(Se concluirá.)

M. Ramos Carrion

## FÁBRICA DE LABOREO MECÁNICO DE MADERAS,

DE LOS SEÑORES

## J. M. POLLEDO Y COMPAÑIA.

Tenemos una satisfacción en dar á conocer á nuestros lectores, la fábrica de laboreo mecánico de maderas que los señores J. M. Polledo y Compañía, han establecido en esta córte, calle del Sur, núm. 24, afueras de la puerta de Atocha. La viñeta que publicamos en este número, reproduce los principales edificios de que se compone el establecimiento. El grupo del centro, está destinado propiamente á la elaboracion mecánica de las maderas, y encierra una completa coleccion de máquinas de los sistemas más perfeccionados que se conocen en los Estados-Unidos de América, si bien están construidos en Inglaterra. Las mueve una máquina de vapor de fuerza de 20 caballos, empotrada en el cuerpo saliente del edificio que se percibe en nuestro dibujo al lado de la chimenea.

A la izquierda se ven los talleres de ajustaje, los depósitos de madera en bruto, y la fragua, con su pequeño taller de herraje, destinada al servicio del establecimiento.

El ailet de arquitectura alemana que se destaca á la derecha, es la habitacion, que los dueños, aprovechándose de los elementos de su fábrica, han hecho por vía de ensayo y para su propio uso. Por último, en el fondo y entre los árboles,

se percibe otra casita del mismo gusto, en donde se halla la conserjería y el despacho.

Como el público conoce ya los productos de este establecimiento, á pesar de su moderna instalacion, nos abstenemos de todo elogio, invitando á nuestros lectores que le visiten, seguros de que les satisfará tanto la elegancia y buena disposicion de los edificios que le componen, como los prodigiosos resultados que sus dueños han obtenido en la acertada aplicacion de las máquinas; consiguiendo una perfeccion y baratura en los productos, desconocida hasta el dia en este país.

## LAS MIRADAS.

¿En qué consistirá, me he preguntado yo más de cien veces, que las mujeres lean tan admirablemente el pensamiento que se asoma á nuestros ojos?

¿Será que traducen mejor que nosotros ese nuevo lenguaje de la mirada? ¿Será que acostumbradas á mirarse al espejo, y á adoptar delante de él la mejor manera de seducirnos con la brillante luz de su pupila, han concluido por apreciar perfectamente el valor de una mirada?

Después de muchas reflexiones, me he convencido de que los hombres no sabemos mirar; y para estudiar las miradas, he tenido que acudir á los ojos de una mujer.

Desde que me he penetrado de esta profunda verdad, ó tengo gran cuidado de no mirar frente á frente á una mujer; cuando he pretendido ocultarle alguna cosa, ó cierro los ojos.

Verdaderamente la mirada es una gran cosa. O mejor dicho: verdaderamente, la mirada es una gran cosa, cuando se sabe dirigirla.

Esto que parecerá una redundancia para un hombre, de seguro no lo será para una mujer; y sino, suponed dos amantes: suponed que entre ellos haya motivo para que *ella* implore el perdón de *él*; suponed que llega el momento de la deseada entrevista; ¡qué mirada la de ella: y si vá envuelta en dos lágrimas, el efecto será completo!

Cambieemos los papeles: suponed que *él* ha cometido uno de esos pecados que las mujeres ni olvidan ni perdonan; suponed que *ella* le encuentra á *él* cara á cara; mirad sus ojos y vereis una mirada que no os dejará nada que desear.

Por estas razones yo no comprendo, en materia de amores, á los ciegos; y mi exageracion no permite ni siquiera á los cortos de vista.

Por supuesto que yo no perdono á los tímidos, pues no tienen más que sorprender la mirada de una mujer apasionada, para que sepan imitarla, arrojarla sobre la persona querida, y de seguro no resiste.

Dice Alfonso Karr que, «las miradas son besos del alma.»

Hé aquí una idea que no es aplicable sino á medias.

Alfonso Karr, no pensó que los que odian tambien miran, pues entonces, hubiera dicho:

«Las miradas son besos del alma para los que aman, y dardos para los que se aborrecen.»

Las miradas son notas que vibra el corazón, y que se escapan por los ojos.

La persona que fuera bastante hábil para recoger estas notas, y formar con ellas una escala, habria resuelto un problema de los más difíciles de resolver.

Habria hallado un medio seguro para conocer el corazón humano; aunque tengo para mí, que sin necesidad de éste existe otro medio para conocernos.

¿Quién impide que nos miremos á un espejo en todos los movimientos de nuestro corazón?

¿Y qué espejo podrá reproducir con exquisita delicadeza nuestra mirada?

Yo no he encontrado más que uno.

Los ojos de la mujer que nos ama.

Hé aquí cómo el difícil problema lo hemos reducido á uno sencillísimo.

A buscar una mujer que nos ame. Indudablemente los ojos tienen algo de mágico.

Los antiguos miraban la horrible cabeza de Medusa y se quedaban petrificados.

Debemos consignar, en honor de la moderna civilizacion, que en este punto se ha adelantado mucho.

Hoy, para quedar petrificados, en vez de mirar frente á frente la fealdad, miramos una cara bonita; cuanto más bonita mejor y más efecto produce.

¿Quién no ha interrumpido alguna vez en su vida el hilo de su discurso, y quedado mudo, sólo por haber tropezado con unos ojos que no esperaba, y que sin embargo, deseaba el corazón?

Una mirada es á veces todo el odio que guarda un corazón.

Es pedir cuentas de un honor ultrajado.

Es la injuria que se lanza al rostro de una rival.

Es la última expresion del sentimiento.

Es el recuerdo de un momento de felicidad.

Es una queja de amor.

Es una pregunta cariñosa.

Una tenaz mirada de amor es un «te adoro,» prolongado hasta el infinito.

La mirada de desprecio que lanza una mujer, no es el odio; ni la indiferencia; ni el ultraje; es mucho más.

Es un paréntesis con que una mujer encierra á un hombre, y le aparta de todo lo que pueda tener contacto con ella.

Yo no sé qué prefiera más una mujer, si desprenderse con influjo de su palabra ó al brillo de su mirada.

Yo creo que lo primero.

Privad á una mujer de la vista, y vereis el rostro que resulta: mudo, sin expresion, sin vida.

Privadla de la palabra (cosa que en ciertas ocasiones seria muy conveniente), pero dejadla el fuego de su mirada, y vereis como expresan sus ojos, lo que siente su alma.

Sucede en el amor con las miradas, lo que á los cuadros con la luz.

Me explicaré. Arrojad un rayo de sol sobre un magnífico lienzo de Rafael, y vereis como sus colores se animan, y las figuras aparecen inspiradas como si el gran pintor las animase: quitadle la luz poco á poco y desaparecerá ese tinte mágico, hasta quedar el lienzo convertido en un conjunto de sombra.

Observad el que forman dos amantes.

Ved esas dos figuras; ved como la felicidad parece mecerse sobre sus cabezas. ¡Cuánto se aman!

Observad cómo el brillo de sus miradas, que se cruzan amorosas, presta á aquel dichoso cuadro el encanto más admirable que puede imaginarse: quitadle la vista de repente.... desapareció ese cuadro de amor.

¡Y hay todavía quién pretende que el corazón de la mujer sea un libro abierto, y cuyas páginas puede leer cualquier curioso!

¡Qué más libro que su mirada!

Somos bastante torpes para no saber mirar, y bastante exigentes para hacerlas aprender en nuestros ojos nuestro más insignificante deseo.

Las miramos á los ojos, y no conocemos cuando nos engañan.

Decididamente, cada vez estoy más persuadido de que en materia de miradas, los hombres no sabemos una jota, y tenemos que ceder la palma á las mujeres.

Yo estoy seguro de que fué una mujer la primera que dijo esta frase: «Le lancé una mirada que encerraba todo un poema.»

# LOS HUÉSPEDES DE LA FRANCIA.



S. M. EL SULTAN ABDUL-AZIZ.



SU MAJESTAD  
EMPERADOR DE TODAS



ALEJANDRO II.  
LAS RUSIAS.



S. A. I. LA DUQUESA MARIA



S. M. EL REY DE LOS BELGAS.



S. M. EL REY DE PRUSIA.

En fin, si prometen VV. no decir una palabra, les diré en confianza, por supuesto, que todas estas reflexiones nos las confió una mujer, que aseguraba muy formalmente, que para ella era preferible cortarse un brazo, á perder un ojo.

E. Gutierrez Gamero.

#### CUATRO PALABRAS AL AUTOR DE LA LÁGRIMA.

Querido Juan: Antes de emprender tu primer viaje me dedicaste *La Lágrima*. La vida azarosa del marino, no sé á dónde te habrá conducido. Dos años hace que zarpaste en el puerto de Alicante, y dos años hace que no tengo noticias tuyas. EL SIGLO ILUSTRADO se lee en todo el mundo, y por si acaso llega hasta tí, quiero que, cual siempre, veas unidos nuestros nombres.

El atrevimiento de publicar *La Lágrima* sin tu consentimiento lo encontrarás disculpado en las anteriores líneas, y en el recuerdo que en ellas te consagra tu mejor amigo

J. Alvarez Guerra.

#### Á UNA LÁGRIMA.

Globo de luz cristalino  
 Ante quien huye la sombra  
 Con que cubrieron el alma  
 Los pesares que la agobian;  
 Perla de un mar de dolores  
 Cuyas turbulentas olas  
 Hacen brillar tu hermosura  
 Arrancándote la concha;  
 Dulce y benéfica lágrima,  
 Pura y encantada gota,  
 De los suspiros hermana  
 Y de los ayes esposa;  
 Bendita seas; tú siempre  
 El corazón desahogas  
 Y el acibar de las penas  
 Dulcificas con tu aljofar.  
 Bendita seas; del huérfano  
 Cuando á los ojos asomas,  
 Cuando de la amante viuda  
 Bañas la faz melancólica;  
 Cuando de un beso de fuego  
 La huella adorada borras;  
 El sentimiento es tu brillo  
 Y la pureza es tu aroma,  
 A mí, sin embargo, há tiempo  
 Que en mi dolor me abandonas  
 Y que cual antes solias  
 No calmas ya mi congoja;  
 ¡Vuelve, ay de mí, dulce lágrima!  
 ¡Vuelve y mi agonia corta!  
 ¡Hoy, más que nunca mi duelo  
 Te necesita y te implora!  
 Hoy, que mi pobre existencia  
 Es una flor que se agosta  
 Sin un halago del aura,  
 Sin un beso de la aurora;  
 Hoy, que empapada mi alma  
 En mortífera ponzoña  
 A su pesar paladea  
 El veneno en que rebosa;  
 ¿Mas por qué mi voz no escuchas?  
 ¿Por qué, dí á mi ruego sorda  
 De humedecer mis mejillas  
 Parece que te sonrojas?  
 ¿Temes acaso del mundo  
 La fría y punzante mofa  
 De su sonrisa sarcástica,  
 De su mirada burlona?  
 ¡Ah nó! te comprendo, un día  
 Reflejo de un alma hermosa  
 Eran tus limpios cristales  
 Una inestimable joya;

Y hoy, al brillar en mis ojos  
 Fuera tu encantada gota  
 Con hieles y sangre escrito  
 El compendio de una historia;  
 Que nunca alegre gorjeo  
 Lanzó la doliente tórtola,  
 Ni de la amarga cicuta  
 Se extrajo la miel sabrosa.  
 Por eso há ya mucho tiempo  
 Que estás á mi ruego sorda;  
 Por eso como solias  
 No calmas ya mi congoja.  
 ¡Vuelve, ay de mí, dulce lágrima!  
 ¡Vuelve y mi agonía corta!  
 Hoy más que nunca mi alma  
 Te necesita y te implora.

J. Vallejo.

#### LA LOCA DEL RECUERDO.

Era á fines de otoño. El ábrego arrancaba las secas hojas de los árboles; lo que fué lozanía yace en aridez; lo que fué alegre y bulliciosa juventud, sólo es mística y cansada vejez.

Bajo el azul trasparente del ancho firmamento rodaban pardas nubes. El día estaba triste, casi tan triste como mi alma; sobre ésta se extendían las fúnebres gasas del dolor, lo mismo que por mi cuerpo el indiferentismo del cansancio.

El luto á los veintitres años, sólo lo lleva al alma ó el último aliento del ser querido, ó la ancha herida que en pos de sí deja el candente sello de los desengaños.

¡A esa edad los desengaños se llaman mujeres!

El día á que me refiero, estaba triste; mi memoria revolvía entre sus misterios un doloroso recuerdo; mi espíritu, en alas del deseo, era empujado á otras regiones, y mi alma abría una ancha fosa para la descarnada realidad de una que sólo fué ilusoria esperanza.

Mis amigos, conociendo mi afición á la caza de la liebre, prepararon para distraerme, una partida. Todo se dispuso, y el día señalado nos dirigimos á una magnífica posesión de uno de ellos, situada en la falda de las inmensas sábanas blancas que coronan, cual la frente de una virgen, con la nítida blancura de la nieve, los picachos del Guadarrama.

Llegamos á la cómoda casa, más bien palacio, de la quinta de mi querido Julio, á la hora del almuerzo, esperando, despues de verificado, cazar toda la tarde. Aprovechando los preparativos de unos, el cansancio de otros y el entretenimiento de los demás, salí á un pequeño jardín que tiene la quinta, con el fin de rebuscar alguna de las frutas que se crían bajo el desapacible cielo del otoño. Repasaba muy entretenido, á través de los cristales de mis gafas, algo que se pareciese á fruta, cuando de pronto vino á sacarme de mi distracción una voz que resonó á mi espalda.

—¿La has visto? fué la pregunta que aquella voz murmuró en mis oídos, con un tono tan dulce como el sueño de un ángel, y tan tierno como el beso de un adiós.

Volví los ojos, y me encontré con las facciones de una mujer pobremente vestida.

Las simpatías, como las antipatías, van envueltas en una palabra ó una mirada. La mirada de aquella mujer, desde luego, me fué simpática.

—¿A quién dices que si he visto? la contesté cariñosamente, comprendiendo por su arrugosa frente y demacradas facciones, que su existencia se arrastraba por el arenal frío de la desgracia.

—A mi hija, replicó con esa conmovedora armonía que nos arrulla en la cuna, que nos sonríe en la infancia, que nos anima en la juventud. Con la armonía más sublime que se conoce; con la

armonía que produce la palabra *hija*, puesta en los labios de una madre.

—No conozco á tu hija, contesté.

Aquella extraña mujer se quedó mirándome un rato, al cabo del cual se alejó rápidamente, prorumpiendo en una ruidosa carcajada, cuyos ecos fueron perdiéndose poco á poco en el espacio.

Entré en la casa y conté á mis compañeros lo que acababa de presenciar; todos se miraron con extrañeza, extrañeza que cesó con las palabras de un viejo guarda, que nos dijo que aquella mujer era *La Loca del Recuerdo*.

—¿La loca del recuerdo! répuse, avivada fuertemente mi curiosidad.

—Sí, señor; por toda esta comarca se la conoce así, por el recuerdo triste que guarda en su memoria de un hecho, que prueba la lealtad del perro y el origen de la locura de esa pobre mujer. De seguro le habrá preguntado á V. por su hija. ¡Ah, señoritos! esa pregunta encierra una historia harto triste.

—Pues fuera tristeza, dijo uno.

—Venga sólo alegría, prorumpió otro.

—¡Aprobado! gritaron todos.

Al poco rato, nadie más que yo se acordaba de la loca. Los manjares se sucedían unos á otros, y las botellas vaciaban sus transparentes líquidos en talladas copas. El granate del Burdeos y el topacio del Jerez, se sustituyeron por el alegre y pálido mate del Champagne, el ruido de los tapones, los cantares, los brindis y la suntuosidad de la comida, traían á mi memoria las escenas modestas de mi país. En aquel momento consagraba un recuerdo á los que componían mi cuadrilla, recordando á mi buen Millan que lo mismo tira de un cabo, que tira á una pieza. Despues del almuerzo, humeé en las tazas el digestivo moka; las copas se llenaron con el comfortable licor de la Cartuja de Grenoble, transparente como los brillantes de la India, y verde como las esmeraldas de Kabul, y se extendieron sobre la mesa las negras brevas retorcidas con las secas hojas de las mejores lechugas que se crían bajo el sol abrasador del Nuevo Mundo, en medio de la potente naturaleza de sus fértiles vegas.

El almuerzo concluyó, la fuerza digestiva del café y el despejador humo del tabaco, dió consistencia á nuestro cuerpo, y todos montamos á caballo.

La tarde fué pródiga en aventuras; los perros que llevábamos eran de punta; los caballos sobresalientes, y la hermosa extensión que nos rodeaba cubierta de musgo, convidaba á correr sin miedo; así que, con tan buenos elementos, no se escapó ninguna de las liebres que saltaron ante el ruido de nuestras pisadas ó el jadeante aliento del perro.

El sol confundió sus rayos entre los blancos pliegues del helado Guadarrama; la oscuridad estaba cercana; el aire traía en su seno las frias partículas desprendidas del vecino monte, y el cansancio se extendía por todo nuestro cuerpo.

Llegó la noche: el viento ahuyentó las nubes, y entre la concha que forman el cielo y la tierra, apareció la perla de las tinieblas, envuelta en su negro manto tachonado de blancos copos, que cual la estela del buque los deja sobre las espumosas aguas, así aquella los siembra en el firmamento al emprender su majestuosa carrera.

Entramos en la casa, y al rededor de una gran fogata, que ya nos aguardaba, cada cual principió á contar amenos episodios ó ligeras anécdotas. Ramon, recitaba sus tiernas y armoniosas orientales; Juanito, en medio de su gravedad, recordaba historias del clásico pueblo de los fósforos; el sensible Emilio, ensalzaba unos hermosos ojos, y Paco, sin forzar su privilegiada inteligencia, vertía

de sus labios chispeantes apropósitos, hijos de su fecunda inventiva. Todos hablábamos; tras los versos y los cuentos, vinieron los debates, y tras estos la cena. Escuso decir que en ella se habló de mujeres; todos éramos jóvenes, y entre jóvenes no se comprende sobremesa sin que las ellas tengan un sitio preferente. Los conceptos se ahogaban en vino, y la alegría llegó á su colmo.

Yo no había podido olvidar á la loca; deseaba saber su historia, y este deseo me hizo aprovechar la primera ocasion que tuve para salir de entre mis compañeros.

—Quisiera me contara V. la historia de esta mañana, le dije al viejo guarda, que encontré en su cuarto arreglando unos lazos.

—Bien, señorito; siéntese V., y procuraré recordar cuanto sé; mas aguarde V., buscaré una poca leña, que el condenado vecino nos dá unas noches, que ya, ya.

El guarda salió, volviendo al poco rato con un gran manojo de tomillos y grandes pedazos de encina; me coloqué lo mejor que pude, y poco más ó ménos me contó la siguiente historia:

«Hace de esto diez años. Era el invierno; tras el cierzo vinieron las escarchas; tras las escarchas la nieve, y tras la nieve principiaron á caer terribles heladas, que convirtieron el Guadarrama en un reluciente carámbano: tras una capa de nieve y agua helada, se formaba otra y otra, y toda la comarca parecía una plateada taza. Era el invierno más crudo que he conocido.

»En cuanto anochece, nos encerrábamos cada cual bajo el abrigado techo de la casa ó el chozo, confundiendo el chisporroteo de la húmeda leña puesta en el hogar, con los aullidos de los lobos, que el hambre les daba el temerario arrojo de venirse hasta el dintel de nuestras viviendas. Una noche mi difunto Leon principió á gruñir echado al pié de su entarimado. Le regañé; más sus gruñidos siguieron escuchándose.

—«¿Olfateas esos malditos lobos, no es verdad? le dije al mismo tiempo que le pasaba la mano por su ancho y reluciente lomo. El perro, sin duda, esperaba una palabra mia, y el ronco gruñido se convirtió en un prolongado ladrido.

—«Vamos, Leon, échate; tienen hambre, y justo es que coman. El perro siguió ladrando. «¿Quieres jaleo? Pues bueno, por si acaso alguno nos viene á buscar, echaremos un par de balas en la escopeta, y á tí te pondremos las carlancas de puntas mas afiladas.»

»Verificado esto, me senté á preparar mi frugal cena.

»La noche estaba sumamente oscura; el vendaval desgajaba los árboles del jardín, al par que arrebatava las tejas y pedazos de argamasa de los tejados. Aquella noche le aseguro á V., señorito, que tuve miedo.

»De pronto el hueco ruido producido por una mano se dejó sentir al través de las tablas de esa puerta: despues un ronco aldabonazo y un penetrante grito se perdieron entre el silencio de la noche, y despues, nada. Leon se avalanzó á la puerta, y yo empuñé la escopeta, encontrándome en el dintel de aquella, á la mujer que V. vió esta mañana, en medio de las convulsiones de un desmayo. La cogí en brazos colocándola cerca del apacible calor del encendido hogar. El buen Leon lamia sus yertas manos, y yo la entreabrí la boca haciéndola tragar unos sorbos de vino.

»Aquella mujer volvió á la vida, mas no á la razon. Sus palabras eran misteriosas, y sus gritos de desesperacion.

»De pronto sus ojos irradiaron una poderosa fuerza. Sus facciones se contrajeron, y de un salto se colocó en el dintel de la puerta.

»Traté de sujetarla, mas un potente esfuerzo la sacó de entre mis manos, desapareciendo hácia su vecina casa, que dista un cuarto de legua de

aquí. Cogí la escopeta, y seguido de mi bravo Leon, corrí tras ella.

»Al llegar á un ribazo, la loca detuvo su paso, lanzó un terrible grito, que se perdió entre el rebramar del Aquilon, y exclamó: «¡Dios mio, mi hijo!» Leon principió á ladrar junto á unos restos, y entonces lo comprendí todo; la hija de aquella infeliz habia sido devorada por una manada de hambrientos lobos.

»Aquella exclamacion de la dolorida madre, concluyó sin duda de borrar de su inteligencia la última ráfaga de su razon, puesto que su voz cambió completamente: á la ira, á la desesperacion anterior, sustituyeron la dulzura y el sentimiento de que V. la habrá visto poseida esta mañana. Me cogió de la mano y me llevó á su cabaña —¡Qué tontos! me dijo; ¡pues no dicen que no han visto á mi hija!... vaya si la habrán visto; poco hermosa que está allá... allá... lejos... muy lejos... con una corona de rosas en la frente y la risa en sus labios. ¡Ah! mira... mira... ¡Leal! ¡no ves á Leal?... ¡Pobrecillo! si vieras aquellos malditos lobos... la querian matar ¡Já já! ¡já! ¡qué tontos! ¡Chis, chis, Leal!... ven acá... ¡si sabes que yo te quiero mucho!... tambien tú quieres mucho á mi niña.

»Estas extrañas palabras murmuraba la loca en medio de una sonrisa, la noche á que me refiero: al poco rato de estar en la cabaña, entré jadeante de fatiga, con el pesar marcado en su frente, el desdichado hermano de la pobre madre, que habia salido en su busca. Aquel hermano es el que en la actualidad cuida de la loca, y por él supe todo lo acaecido.

»La hija de aquella infeliz habia perecido, despues de morir en su defensa un hermoso perro llamado *Leal*, fiel compañero de la niña.

»Desde entonces la loca, durante el dia, pregunta por su hija á todos los que vé. Cuando viene la noche, cuando la luna riela entre la nieve, fija sus grandes ojos en sus blancos copos, y dice señalando algunos de los picachos, que allí ve á su hija en un lecho de flores.»

Ni el reposo de aquella noche, ni la agitacion del siguiente dia, pudieron borrar de mi mente la dolorosa historia de *La Loca del Recuerdo*.

J. Alvarez Guerra.

Solucion á la Charada del número 8.º

JAUQUECA.

CHARADA.

La primera y la segunda puestas en debida forma, para evitar que haya muertos sobre el con qué se coloca. Por la prima y la tercera más caro la gente monta; y de la prima y la quinta hallarás mil en Segovia.

La segunda con la cuarta me piden á todas horas; y la segunda y la prima son dignidad de gran nota

dicha en francés, y que algunos así en español la nombran;

La tercera y la primera unidas un todo forman, donde la gente en los Campos se recrea y alboroz.

De Calderon ó de Lope no hallarás drama ni loa,

donde la cuarta y tercera no hagan un papel de nota;

Con la cuarta y con la quinta Dios te libre que te cojan; la quinta con la segunda es la tercera persona de un verbo á que nos somete la comodidad ó moda.

Por la cuarta y la primera rabió un rey en mala hora, segun un refran nos dice que corre de boca en boca.

El todo es un hombre célebre, que murió dándonos gloria.

Continúan los nombres de los señores que han remitido la solucion á la Charada inserta en el número 7.º

Don E. Diaz, de Madrid.—José Galindo Aceituno, de Murcia.—Un orensano.

Han remitido la solucion á la Charada inserta en el número 8.º los señores siguientes:

Don R. Martínez Estéban de Madrid.—Folias, de idem.

JEROGLÍFICO.

Se insertarán los nombres de todas las personas que nos envíen la solucion.

LUNES



MARTES



MIERCOLES



CORRESPONDENCIA.

- P. B., de Adra.—Servido por 6 meses.
- T. T., de Montijo.—id... por 3 id.
- M. G. y P., de Murcia.—id por 2 id.
- J. G., de Be-alú.—Id. 6 id.
- J. R. D., de Tabernas.—Recibimos los sellos y queda V. suscrito por 6 meses.
- J. de O., de San Lucar de Barrameda.—Sus dos suscripciones quedan servidas por 12 meses.
- J. L., de Berja.—Queda V. suscrito por un mes.
- E. de S., de Sevilla.—Id. por 3 meses.
- E. C., de Valencia.—Por 6 meses.
- S. G. y C., de Cumbres de San Bartolomé.—Id. por 3 meses.
- A. P. y S., de Brihuega.—El número 7.º ha salido el 30 de Junio y nó el 1.º de Julio.

Editor responsable, Julio Baron.

MADRID.—1867.

IMPRENTA Y LITOGRAFÍA DE EL SAINETE,  
á cargo de M. Clarós, Zurita, 45, bajo.



TEATRO DE LA GRAN OPERA DE PARIS EN DIA D. L. GALA.